

LA NOVELA SEMANAL



EL TUL VIOLETA

per la Sra. d. R. de Orlandiz

PRECIO 10 Centavos

NI EN REMATE
COMPRARÁ Vd. COMO EN LA
SENSACIONAL

LIQUIDACIÓN

QUE

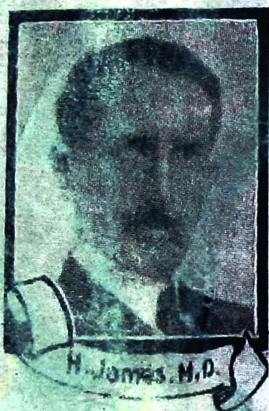
HOY

INICIAMOS

**EN TODOS
LOS
DEPARTAMENTOS
DE
NUESTRA CASA**

A. CABEZAS

Opinión de una eminencia médica sobre el "Hierro Nuxado"



Dr. H. James, M.D.

El doctor James, que perteneció al servicio de Higiene Pública de Estados Unidos, dice: «Los pacientes en condición debilitada y enervada, por ejemplo, los convalecientes de fiebres prolongadas, los anémicos de larga fecha, necesitan todos, en mi opinión, hierro. De poco acá se me ha llamado la atención hacia el Hierro Nuxado. En la práctica lo hallé magnífico restaurativo y agente ideal para reponer las fuerzas en los casos que dejo mencionados.

Pidan

SAGARDUA

ES LA MEJOR SIDRA

LA NOVELA SEMANAL

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires

UNICO CONCESSIONARIO PARA LA VENTA EN LA CAPITAL FEDERAL: LUIS B. GALVAN

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Florida 1405.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.

Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, Núm. 638.

Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.

Agencia en Córdoba, Alta Gracia y Río 4º. NICOLAS GULFO.

APARECE TODOS LOS LUNES CON UNA OBRA COMPLETA E INTERESANTE
DE LOS MEJORES ESCRITORES ARGENTINOS

PUBLICADAS

1. Una hora millonario, de E. García Velloso, 2ª edición.
 2. La huelga, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviria) 2ª edición
 3. Artemis, de Enrique Larreta, (agotada) en reedición.
 4. Una madre en Francia, de Belisario Roldán, 3ª edición.
 5. Luna de miel, de Manuel Gálvez.
 6. La Piquina, de Ricardo Rojas.
 7. Werther y Don Juan, de José Ingenieros, (agotada) en reedición.
 8. El cofre de ébano, de Alejandro Sux, (agotada) en reedición.
 9. Un peón, de Horacio Quiroga, 2ª edición
 10. El instinto, de Pedro Sondereguer, 3ª edición.
 11. La evasión de Benito Lynch, (agotada) en reedición.
 12. La ciudad del amor y la muerte, de Julián de Charras.
 13. El Babú de Naranyana, de Carlos Muzzio Saenz Peña.
 14. Explotación, de J. L. Fernández de la Puente.
 15. Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton.
 16. Plutón, de Julio Navarro Monzó.
 17. Bobó, de Miguel R. Roquendo.
 18. La esfinge, de Julio del Romero Leyva.
 19. En la senda, de Oscar Tarlooy (Antonio Juliá Tolrá).
 20. La voluptuosidad del poder, de Pedro Sondereguer, 1ª parte (agotada)
- | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|----|---|---|
| " | " | " | " | " | " | 2ª | " | " |
| " | " | " | " | " | " | 3ª | " | " |



¿TIENE Vd. CANAS

Usando el «Wakaymonó» loción japonesa, se obtendrá siempre su color, natural, no mancha, no es nociva y su aplicación no ofrece dificultad.

«Wakaymonó» tiene treinta años de éxito en el Japón y es introducido por primera vez en nuestro país debido al intercambio comercial.

Frasco: Instantánea \$ 8.-. Progresiva \$ 5.-

Casa WAKAYMONÓ

Encomienda 0.50
479 - SALTA - 479
BUENOS AIRES

DIRECCIÓN:

MIGUEL SANS - ARMANDO DEL CASTILLO

EL LUNES PRÓXIMO SE PUBLICARÁ

"La degollación de los inocentes" de Atilio Chiappori

Autor de «BORDELAND» y otras obras justamente elogiadas por la crítica.

SUCESIVAMENTE

23. El Apóstol del Ayuy.

del afamado literato **Juan José de Soiza Reilly**

El Tul Violeta

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE LA

Sra. d. R. de Orlandiz (Olga Wirtz)

I

El sabio maestro había abandonado ya la cátedra, en la que dió la lección clausural del año, cuando aun resonaba en el local el eco de los aplausos conque el auditorio, aquella tarde más numeroso que nunca, despedía al eminente patólogo. Este, acompañado por algunos colegas y los subalternos, francos de servicio en la gran clínica particular por él fundada y sostenida, se había refugiado, huyendo del entusiasmo de los oyentes, en el laboratorio de psicología experimental, contiguo al anfiteatro, en el que, desde cinco años dictaba sus cursos libres. A ellos ocurría, con gran constancia, lo más notable del cuerpo médico y un número grande de los alumnos de la Facultad.

Hasta el laboratorio alcanzaba a llegar con aquel eco el rumor de las conversaciones sostenidas por el público al desalojar el vasto recinto.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

PÍDANSE EN LOS KIOSKOS, ESTACIONES DEL SUBTERRANEO
Y VENDEDORES DE DIARIOS, LOS NUMEROS ANTERIORES

Era éste, un verdadero anfiteatro, digno no ya de una clínica particular, sino de la más adelantada Escuela de Medicina. En torno del espacio central, reservado al maestro y a sus ayudantes, se alzaba la gradería, con veinte toneladas de asientos, coronado todo por otra alta, reservada a los oyentes extraños a la ciencia. La cúpula, semiesférica, de gruesos cristales, daba paso a un torrente de luz meridiana, amortiguada, cuando la lección no era experimental y sí de simple teoría, por una combinación de transparentes verdosos. Blanco armiño el color de las paredes, destacábanse sobre su níveo fondo, cuatro enormes marcos de cedro oscuro, rodeando los retratos, de tamaño natural, de Charcot, Behring, Koch y madame Curie. Entre ellos, y combinados con otros verticales, había un gran número de ventiladores, para la renovación del aire, mediante una acción, cuidadosamente combinada con claraboyas abiertas al exterior.

— Doctor Carbó, puede usted estar satisfecho de su labor del año, dijo uno de los médicos que rodeaban al sabio. Y, de un modo especial, de su lección de hoy.

— Oh, mi buen amigo y colega: el único mérito, si es que alguno tengo, es la buena voluntad con que la he desarrollado. Por lo demás, no es poco aliciente el ver reunidos en torno de la cátedra a ustedes, con tantos buenos muchachos que van preparándose para ocupar — de seguro con ventaja — puestos que están pidiendo a voces gente joven. Y, ahora, señores, aquí los dejo... quedan ustedes en su casa. Mi colega y colaborador, el doctor Blinck, los atenderá cumplidamente, mientras yo visito a los enfermos de la clínica.

* *

— Hombre admirable éste, dijo uno de los presentes, admirable por su saber y la independencia de su criterio: a ésta ha sacrificado sendos miles de pesos, invertidos en la edificación del anfiteatro, donde, con una libertad que mil cosas trabarían en una cátedra oficial, desarrolla sus ideas...

— Un tanto regresivas, interrumpió alguien: el doctor Carbó está en plena evolución... desde la escuela materialista, cuyo templo máximo es la Sorbona, hacia la mixta, de la que es apóstol el doctor Grasset, de la Facultad de Montpellier... El abandono de los temas biológicos y su dedicación a otros...

El médico señalado como colaborador del distinguido clínico, un joven que desde la fundación de la Clínica Carbó se había incorporado a ella, tomó la palabra.

— He seguido con atención y muy de cerca, eso que ustedes llaman cambio... y que yo considero como un sencillo progreso... El maestro, jamás dudó de la existencia del alma; él, como otros, busca la razón científica que concilie esta existencia con las conquistas de la psicología experimental...; quizá como un descanso de las teorías biológicas.

— ¡Un ensueño!, doctor, ... y más, si cabe, al revestirlo con el misticismo, sublime desde luego, que ha sido la nota descollante de las lecciones dadas este año. Diríase que el doctor Carbó está en uno de esos períodos de la vida, abiertos por algún dolor moral; períodos en los que, hasta los más ilustres levantan instintivamente la vista al cielo.

— Ignoro, doctor, contestó el doctor Blink, en qué puede usted apoyarse para, en este caso concreto, suponerlo así. Por mi parte, me inclino a creer que mi maestro cede a un proceso evolutivo, por razón científica y no sentimental. Vivo a su lado desde hace cuatro años, y nada he notado que no sea lo habitual en él... Pero, estoy viendo, cuán mal hago los honores de la casa, añadió, con la idea de cortar una conversación embarazosa. ¿Quieren ustedes pasar al comedor? El té debe estar preparado ya.

Mientras esta charla, no exenta de los saetazos de la rivalidad profesional, se desarrollaba en el Laboratorio, el público iba desalojando el aula-anfiteatro. Primero salieron los alumnos de medicina y de filosofía y letras comentando, cada cual según su criterio, la lección escuchada. Tras ellos las alumnas de ambas facultades y varias normalistas, asiduas y atentas concurrentes a las clases del año académico, y, momentos más tarde, los de la galería alta; gentes a las que atraía, más que el interés científico, el placer de escuchar la oratoria clara, sencilla y bellísima del maestro. No faltaba quien supusiese, en algunas de las damas — mayoría grande de esa parte del público — cierta simpatía personal por el orador. Y se explica: amén de sus cualidades intelectuales, tenía el atractivo de su figura gallarda, de sus ademanes distinguidísimos, y, sobre todo, un semblante de correctas facciones, densamente pálido, tanto, ciertos días, y en determinados momentos, que se confundía con el blanco de la blusa de laboratorio con que se presentaba en la cátedra, aun al tener que dar lecciones simplemente teóricas.

De entre ese concurso femenino, no profesional, se había distinguido por la asiduidad de no perder ni una sola clase, una señora muy elegante, que invariablemente se ubicaba en el último asiento de la galería alta, sitio el mejor indicado para

ver sin ser demasiado vista. Debido al tul siempre tendido sobre su rostro, un tul violeta con motas blancas, se la conocía entre las asiduas con el mote de «La dama del tul».

Fué la última en salir. En lugar de dirigirse a la puerta de acceso al «hall» que daba al parque, frente al camino enarenado conduciendo a la puerta, fué hacia la lateral de acceso al Laboratorio, aguardando a que los colegas del doctor Carbó hubiesen salido.

—¡Roberto! llamó en voz baja, al ver vacío el laboratorio.

Un ordenanza anciano se acercó, gorra en mano, a la dama.

—¿Sabes cuándo saldrá de vacaciones tu patrón?

—Señora, ruego a usted una vez más que no me comprometa. Me debo a mi amo, en cuerpo y alma... Yo estoy seguro de que me despediría apenas supiese...

—¡Por la memoria de tu madre!... contéstame a lo que te pregunto...

—¡A qué!... Si ni sé a dónde se irá. Lo único que puedo decirle, señora, es que esta noche saldré para Córdoba, en donde — como usted sabe ya... y no ciertamente por mí — se educan los señoritos Angel y Manuel, y que allí debo aguardar órdenes... No me pregunte usted más...

—¡Cuán pronto olvidas...!

—Nada olvido, señora...: más que usted misma desearía yo poder satisfacerla.

Del otro lado del laboratorio partió el ruido de un pestillo, y la dama, dejando caer el «portier» antes de que la otra puerta se abriese, con paso lento cruzó el anfiteatro, el hall y el parque, llegando a la puerta frente a la cual le aguardaba el automóvil, en el que sentada, leyendo un libro, había una joven.

—¡A casa!, ordenó la dama.

—¿Hace mucho que aguardas, Carmencita?

—No, apenas diez minutos. He paseado mucho, volviendo, como de costumbre, cuando calculé que la clase había terminado.

—¿Supiste algo?

—¡Nada!... Ese bueno de Roberto es fiel como un perro.

—Oh, no le quieras mal, ¡pobre viejo!... algún día quizá le agradezcamos su reserva. No sé por qué, pero algo, allá en lo hondo del corazón me dice que ese día se acerca...

*
* *

El doctor Carbó, concluida con inusitada rapidez la visita a los enfermos más graves, se había encerrado en el

despacho, dando orden de que no le molestaran: cualquier cosa que ocurriese, que se avisara al médico interno.

Cambiada la blusa por un saco, se acercó a la ventana que daba sobre el parque, desde la que se dominaba todo el frente de éste, viendo sin ser visto, merced a un transparente de finísima seda azulina. Y allí aguardó, fija la mirada en el auto que estaba frente al portalón de entrada. Vió cómo una joven subía a él, y minutos después la dama, su oyente asidua.

Una levisísima crispación de manos; un tic en la mirada... y un segundo después recuperaba el aspecto frío, severo, un tanto duro, habitual en él.

—¡Mis pobres enfermos!, se dijo a sí mismo; ¡rápida mi visita de hoy!

Y ante el imperativo de la conciencia, despierta de nuevo a la realidad del deber, endosó la blanca blusa y fué a recorrer con extremo cuidado las salas de la clínica.

.....
El automóvil se detuvo delante del «Hotel Rigi», donde vivían sus dueñas desde que regresaron de Europa.

—¿Correspondencia?—preguntó Carmencita al ordenanza.

—Está, con los diarios, sobre la mesita.

Sin concluir de escuchar, entraron las dos al ascensor.

Varias cartas de Europa, una del país, circulares de casas de modas y una de un hotel en las Sierras... Vistosa esta última y original: con la lista de personas que tenían reservado departamento. La gentil muchacha recorrió la interesante lista.

—¡Mamá!... mira, — dijo señalando un nombre: «Doctor Julián Carbó, hijos y dos personas de servicio».

—¿Tienes la guía de ferrocarriles?

Carmencita se había adelantado a la pregunta:

—Esta noche hay expreso...

—Sin duda en él irá el viejo Roberto, pensó la dama, y dijo: encárgate de lo que sea necesario. Esta noche partiremos...

II

La salita donde habían tomado el té estaba ya completamente vacía. Los médicos y algunos profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, que no conocían la clínica, célebre en la ciudad y en todo el país, acompañados por el joven facultativo, ayudante del doctor Carbó, y por dos practicantes mayores, se esparcieron en grupos, recorriendo los

seis pabellones. Otros, familiares ya de la casa, se dirigieron al parque, mientras concluían de fumar los habanos...

—¿Se han fijado ustedes, preguntó uno de ellos, en que este año, el maestro no ha hecho mención del tema que se propone exponer al año que viene? Ni siquiera al despedirse ha dicho, como en los cursos anteriores, el sacramental «hasta marzo próximo, señores.»

—Muy atinada su observación. Pero a mí no me sorprende... demasiado, al menos. Sin atribuir más importancia de la que debe prestarse a un rumor, recogido en los grupos del Club Médico, me aventuraría a insinuar que con la lección, admirable desde todo punto de vista, de hoy, el ilustre fisis-psicólogo y eminente clínico, cierra su actividad docente.

—¿Está usted seguro, doctor?

—He dicho que «insinúo». Es una sospecha basada en aquel rumor, dando como cierto, o poco menos, lo que acabó de decirles.

—¡Sería deplorable!... Es él quien ha inaugurado la verdadera enseñanza libre.

—¿Cómo explicarse, entonces, la construcción del anfiteatro, para sólo cinco cursos?

—Sin duda, contestó el primero, que al emprender la obra contó con otra cosa. Vaya uno a saber qué circunstancia le fuerza a truncar su carrera docente, si es que, en realidad, va a truncarla... También a este respecto he oído algo, dicho «sotto voce», mucho más vago, eso sí, y, desde luego, en abierta contradicción con cuanto sabemos del doctor Carbó... Hombres como él se dan en cuerpo y alma a la ciencia, llegan a tener seco el corazón, y reducen el objetivo de su vida a hacer dar, hacia adelante, cuantos pasos pueden, al saber... por el saber...

—Como teoría general, de acuerdo. Empero he conocido en Copenhague un caso que merece ser conocido.

Quien esto dijo era el de más edad de los del grupo.

Sus compañeros, deteniendo el paso, formaron círculo en derredor suyo para escucharlo.

—Oh, no crean ustedes que el relato sea espeluznante: sus detalles son prosaicos por demás; el fondo, sí, es todo una tragedia. En Coopenhague trabé primero relación, luego amistad íntima, con un médico eminente, de origen ruso, al que no pocas veces he recordado al ver la actividad del doctor Carbó. Como éste, tenía su clínica privada, una especie de hospital, en el que hacía derroches de caridad: sus salas, la biblioteca — la más rica que he visto en aquel país — y los cuchitriles de los enfermos más pobres, eran los

únicos sitios que frecuentaba. Circunstancias diversas me ligaron a él. Carácter huraño y retraído en general, ante sus colegas del país—evolucionaba hacia una amabilidad y franqueza deliciosas, al intimar con médicos extranjeros... que sabía de estada, no larga en la ciudad. Por nosotros, los americanos, y en especial, por los argentinos, tuvo siempre atenciones muy notorias. Aún hoy, mantiene correspondencia frecuente conmigo, y debe creer que con algunos colegas más. Nuestra intimidad nació durante el proceso de una bronconeumonía, que me retuvo allí dos meses más de lo proyectado, siendo él quien me asistió. — Cierta tarde, en una conversación, le hice la siguiente pregunta: ¿Doctor, por qué no se incorpora a una Universidad, o cuando menos, por qué no enriquece Ud. la bibliografía médica, con algún trabajo de aliento? Su reputación tan sólida en Dinamarca, transpondría las fronteras...

—¿Para qué, ni para quién?... repuso. Ud. lo ve: vivo solo; mis... parientes... oh muy lejanos, residen en Rusia, a donde no pienso volver: hace más de cinco años que nada sé de aquellos...—agregando tras breve pausa... ni me interesa saber de ellos. Cada cual, querido colega, tiene su culto: unos lo rinden a Dios, otros a ese otro dios que se llama Amor — para mí el más quimérico de todos ellos—; los hay, por fin, que lo rinden a la Ciencia... Desengañado de aquéllos, me consagro al último: al del Saber: estoy entregado a él en cuerpo y alma. En otras épocas... Pero, esto es algo que no puede interesar a usted.

—Sin embargo, por este culto al Saber... es por lo que creo que debe usted difundirlo... en una cátedra; en libros, monografías, revistas...

—Bah!... esto lo hacen los que tienen un Ideal, del que yo carezco. ¿Qué me diría usted, si le confesase que el trabajo, es para mí, como para otros el alcohol, la cocaína, la morfina o el ópio?... un suicidio lento, pero más honrado, ya que los girones de mi vida, devuelven la suya a mis enfermos para quienes me consumo?

—¿Me permite, doctor, que le conteste con franqueza a su pregunta?

—Diga usted, colega.

—Vislumbro en usted un caso raro sí, pero que se nos presenta a los médicos de vez en cuando... Caso en que «el enfermo»—y no se ofenda usted—se cree íntimamente persuadido de una desesperación moral irremediable, mientras que, allá, en lo hondo de su alma, alienta la esperanza...

—¡Jamás!... en «mi caso».

— Si en realidad no existiese en usted esa esperanza... en no se qué, (ya que respeto su reserva), un carácter del temple del suyo, al proponerse el problema del suicidio, elige siempre la forma más rápida y no, el largo camino que usted ha escogido.

— Quizá reminiscencias religiosas... Por más que, en ciertos casos, todos los credos...

— Eso nunca: las religiones cristianas, tanto la cismática rusa, como la luterana y la católica, condenan, sin distinción y por igual, todo suicidio, sea cual sea el modo como se lleve a cabo...

Calló mi interlocutor, quedando un rato como ensimismado, hasta que pasados unos minutos, de pie ya al lado de mi sillón de convaleciente me dijo:

— Doctor, sé a ciencia cierta que es usted un excelente especialista en enfermedades del pulmón.—Tengo una pobre enferma, madre de una niña encantadora, que me inspira serios cuidados. Compatriota mía, desterrada de Rusia por sus ideas anarquistas, a las que se afilió después de una tragedia íntima... ¿Quisiera usted visitarla conmigo, dentro de dos o tres días... cuando salga usted?... Yo lo vendré a buscar en mi automóvil.

— Con mil amores.

*
* *

— No cansaré a ustedes con el relato de la visita. Pueden ustedes prever que la enferma—tuberculosa en último grado—había sido la amante del sabio ruso. Obedeciendo órdenes de la secta, se entregó a uno de los grandes duques, desgarrando el corazón del entonces joven médico, que emigró, sin volver a saber de ella... hasta que, desterrada y enferma fué a golpear a las puertas de su antiguo amante... puertas que le quedaron cerradas, no tanto por ella, como por la niña, que llevaba consigo... y por cuyas venas corría sangre de los Romanoff. Ya ven ustedes, como, tras una actividad eminentemente científica y filantrópica—y la del doctor Carbó lo es—puede haber, lejos, muy lejos en lo pretérito, un problema cuya solución, en cualquier sentido que se pronuncie, es capaz de torcer el rumbo de una carrera... Y, volviendo al caso de mi amigo...

Quien hablaba así, hubo de interrumpir su relato. Del Pabellón Central de la Clínica salían los visitantes, acompañados ahora por el doctor Carbó...

— ¿Se han aburrido ustedes mucho, con la espera? preguntó éste.

—Tiene usted unos habanos, contestó alguien, que hacen breves las horas...

—Los recibo directamente de mi patria; Cuba... Es lo único que, hoy por hoy, me liga a la patria de mi nacimiento. Los años pasan... y, quien se arraiga en él extranjero, va ganando en él, por partida doble, las vinculaciones de la niñez y de la juventud. Además: la Argentina es para todo americano una prolongación bellísima del suelo nativo... Espero, estimados colegas, que, durante mi ausencia—dentro de quince días saldré a hacer un viaje de vacaciones— vendrán ustedes a esta casa, siempre que les plazca. Mis compañeros, que quedarán a cargo de todo el servicio clínico, me reemplazarán cerca de ustedes...

—¿Durará mucho el viaje? interrumpió uno.

—No lo tengo decidido... Por de pronto, me propongo pasar un mes... poco más o menos... en las Sierras de Córdoba. Después... todo dependerá de mil circunstancias difíciles de prever... De todos modos espero—agregó sonriendo—que cuando regrese, todos estaremos sanos y contentos... como hoy.

.....

La Clínica había recuperado su aspecto habitual. Libre de visitantes y cerca ya la hora de cerrar el Consultorio externo, el doctor Carbó mandó llamar a su despacho al criado de confianza: Roberto.

—¿Tienes todo listo para el viaje?

—Todo, doctor.

—Bueno: ya sabes. En cuanto llegues á Córdoba, entregarás esta carta al Rector del «Colegio Koska»; en ella va la orden de que te entregue a Angel y Manuel. Pero que no salgan del colegio, sino los minutos necesarios, para alcanzar el tren a Cosquín: allí aguardaréis órdenes. Yo tardaré, a lo sumo, quince días en reunirme con vosotros.—Don Pablo se pondrá de acuerdo contigo, para la instalación de la quinta... que tengo alquilada a cuatro leguas de la población. No olvides contratar, por seis meses, un buen automóvil... Y, aquí tienes dinero para el viaje, y este cheque, contra la agencia del Banco en Cosquín: creo que te bastará para las compras... muebles... en fin, lo que haga falta.

*
* *

Cuatro horas más tarde, el andén del ferrocarril presentaba un aspecto de inusitada animación. La guerra europea, man-

teniendo en el país al torrente de turismo, que otrora cruzaba el Atlántico, realizaba el gran milagro: el argentino pudiente se convencía de que en su tierra hay mucho que admirar y muy mucho de qué gozar... sin dejar tras de sí todo un océano.

Ese año, más que Mar del Plata, era la bella provincia central el «rendez-vous» obligado, de la buena sociedad porteña, y de la que, a fuer de adinerada, aspiraba a ser incluida en la lista de «la buena», sin conseguirlo todavía. ¡Fueros de la sangre y del abolengo, no destruídos por la oleada democrática! La lucha entre el blasón y el dinero, que, tarde o temprano, concluirá por realizar el verdadero ideal, elevando al humilde, sin rebajar al de linaje.

Fáciles de distinguir, en los grupos formados en el andén, una y otra clase: la una por su lujo sencillo, la otra por el chillón, de colores vivos y abundancia de joyas. Ya allí, se cruzaban de unos a otros, saetazos de soslayo; miradas que sin parecer serlo, escudriñan hasta el último detalle... preludio de la lucha que se desarrolla más tarde, en plena estación balnearia o termal, de campo a campo, en conquista de la prevalencia y el reinado de la temporada.

En el interior de los vagones había unas cuantas personas. En uno de ellos, con el letrero de «Reservado» estaban desde hacía rato «La dama del tul» y Carmencita, atareadas con dos doncellas, del acomodo de cajas, maletines, etc., cuando llegó a la estación el viejo Roberto, que tenía una cucheta en el vagón inmediato al de las damas. Ni éstas le vieron, ni él vió a aquéllas.

Sonó la campana, y cual eco de ella, se percibió el rumor de los besos de despedida, con voces de agudos adioses, y el caer de los cristales de los coches por donde salieron, en aleteos febriles, hermosas manos tremolando finísimos pañuelos.

El silbato del jefe de tren... luego el de la locomotora, y el convoy, portador de tanta belleza, arrancaba lenta y magestuosamente.

III.

Unas semanas más tarde y tras breve estada en el Hotel quedaba regularizada la vida doméstica, en «Villa Trinidad», allá en el flanco del más hermoso valle de las Sierras, Arboles, cuesta arriba, tras el fondo de la finca: árboles a derecha e izquierda; árboles pendiente abajo, y allá, en lo hondo, cual cintillo de plata, el riacho. E inmediata a la

quinta, cercada por un enrejado, tupido de madreselvas y jazmines de España, recuadros de rosales, de claveles, de jeráneos... de toda una variadísima flora...

A cualquiera de los miradores y balcones y ventanas de la casa que uno se asomara, se veía, arriba el sol, sobre el azul de un cielo, que sería único, de no tener en el de Cuba uno igual; enfrente la otra ladera del valle, cubierta de bosque, de una a otra punta, hasta donde alcanzara la vista; en lo más bajo el culebreo del riacho y a los pies del espectador, flores, surtidores, pequeños lagos. Lo que más placía al doctor Carbó; para ver otra quinta, casa o mero rancho, forzosa era una caminata de más de una hora.

¡El ideal de un sábio! Soledad, aire, luz, agua, y la ausencia del infernal ruido, de autos, tranvías, carros y voces de Buenos Aires.

Allá entre sus libros, pasaba las horas en que sus hijos, Angel y Manuel, paseaban: de mañana, a pie; de tarde, ora en auto, ora a caballo. Y, de noche, reunidos los tres, en el jardín... la charla: unas veces en torno de lo visto durante el día por los jóvenes; otras, sobre el porvenir. Graduados ambos de bachiller, se inclinaban a seguir, el mayor, Angel, la carrera del padre, y la de ingeniero el otro.

Satisfecho de esas vacaciones, el doctor parecía titubear, entre enviarlos a Norte América o a Europa a que estudiaran: luego revalidarían sus títulos académicos aquí.

—Yo quisiera, dijo una vez el mayor, estudiar en Suiza.

—Veremos; todo depende de algo que espero resolver en breve. Según sea ello, iréis a Suiza o a Estados Unidos.

Y variando de tema, Manuel exclamó:

—¡Si vieses papá, qué hermosa Villa hemos visto hoy, al alargar sin pensarlo el paseo de esta tarde, llegando al recodo del pequeño contrafuerte que cierra por el N. O. este valle. Al alcanzar la cumbre, vimos un parque, en cuyo centro se alza algo así como la imitación de un castillo!

—Y, por cierto, interrumpió Angel, que en nuestra marcha, se cruzaron con nosotros dos espléndidas amazonas. ¡Y qué caballos montaban!

—Levísima arruga se diseñó, sólo un segundo, en la frente del doctor Carbó, quien enseguida, y en el más natural de los tonos, dijo:

—¡Que ellas no «nos descubran» a su vez!

Nada más fastidioso que una parodia de vida social, en pleno campo... Pero, esto no quiere decir, que si volvéis a encontrarlas, no os atengáis a lo que es uso y costumbre en el campo: el saludo...

— Oh! papá, eso ya lo hemos hecho. Demás está decirte que ellas han correspondido muy amables... Por cierto, continuó Angel, que la mayor de las dos, me ha recordado aquel cuadro que trajiste de Cuba, cuando fuiste a levantar allí tu casa... aquel que tienes en tu despacho de la Clínica. Algo más entrada de años, pero de un parecido sorprendente.

— Quizá, hijo mío. Pero dudo, que, así al pasar, puedas haber percibido tanto detalle... No es raro que atribuyamos, a la ligera, viendo por primera vez a una persona, una semejanza con otras personas y, hasta con imágenes, vistas antes. Sea como sea, no olvidéis ser atentos, pero sin entrar en relación. Si llega a saberse mi retiro, ¡adiós mi descanso!... Enfermos habrá capaces de peregrinar varios kilómetros, por el «snobismo»... y, ello no gustaría a don Pablo, como llaman en estos pagos, a mi buen colega... el único, como sabeis, que sabe este escondite, buscado por él a pedido mío.

— ¡Mientras no te descubra!

— Por ese lado no hay cuidado: es hombre serio, y además... le interesa que ni uno solo de su clientela se le escape. Los médicos rurales, no tienen tan fácil la vida... como los de las grandes ciudades.

*
* *

Daban las dos de la madrugada, y el doctor Carbó, por vez primera desde su llegada a las Sierras, estaba sentado, ante su mesa escritorio, haciendo prodigios de voluntad, para concertar su atención en un libro, abierto ante él. ¡Imposible!

Por undécima o duodécima vez, se levantó, recorriendo de uno a otro extremo la vasta pieza, a paso rápido, cruzadas atrás las manos, inclinada la hermosa cabeza de sabio, sobre cuya frente, de ordinario tan serena, diríase que pasaban nubes, dejando huellas de profundas arrugas.

Era el encuentro de sus hijos con las damas. ¿Sería una, aquella que impenetrable a toda mirada, al resguardo del discreto tul, turbó más de una vez el curso de sus ideas, en las lecciones seguidas con la perseverancia de una excelente alumna?... ¿Sería... en una palabra, «Ella»? Soltó las enlazadas manos, dejando caer a lo largo de su cuerpo, los nervudos brazos y fuertemente crispados los puños. «¡Ella!»... ¡imposible! Sí; imposible, malgrado no ya la semejanza, sino la identidad absoluta de su figura... algo más gruesa, es cierto, pero con el mismo aire de altiva distinción... ¿Cómo salir de dudas?... De dudas, así; en plural: ¿era

la por los muchachos encontrada, la misma del Anfiteatro? ¿era ésta... «Ella»?—Ni osaba pronunciar su nombre, temeroso de la evocación a lo vivo de la honda tragedia... allá, en Cuba.—Dueño absoluto de su voluntad, alejó la pavorosa imagen, durante cerca ya de quince años... Y, ahora, el sencillo relato de sus hijos, deba en tierra con el reducto de firmeza inquebrantable, en el que se había encerrado. Contra todo esfuerzo, recordó su noviazgo con la rica heredera... ansioso más que de ella, de su fortuna, con la que, una vez casado, levantó la grandiosa Clínica, de la que la de Buenos Aires era copia; los cuatro primeros años de su matrimonio... matrimonio de sabio, que daba a su mujer los contados momentos que su labor le dejaba libres, ¡si es que se los dejaba! Recordaba las primeras recriminaciones, empecinada ella en no ver, que por ella era que trabajaba... por ella y por Angel, nacido ya... y por los que tras de este vendrías... como bien pronto vino Manuel. Poco después de nacido éste, había podido reintegrar al capital de la dote de su mujer, lo tomado para la Clínica. Siguió a ésto, un breve acercamiento, traducido en la entrada casi triunfal de los dos, en la vida social del gran mundo cubano: ella como reina de la hermosura, y modelo de la elegancia; él, joven, buen mozo, rodeado por los prestigios de los milagros de su clínica. Luego... el ansia de crearse una fortuna propia. ¡Vuelta a los libros! ¡Vuelta a la clínica, con pasión rayana en locura! Mientras que «Ella», lanzada ya al medio social y convertido éste en una necesidad, salía y lo frecuentaba.

—Sí, anda! le decía él: tú, desde afuera, contribuyes así al éxito de nuestra Clínica...

Tornó a sentarse, ante su mesa. ¿A qué esos recuerdos? Su mirada se posó sobre una reciente monografía que versaba de la Difteria. ¡Inútil esfuerzo!: las letras danzaban ante sus ojos; perdían primero su orden y concierto, para alinearse luego, formando el nombre que ni evocar quería...! El terrible recuerdo tenía atenazado su cerebro, libre, por vez primera, de las riendas de su voluntad de hierro. Desesperado, se rindió al suplicio, tratando de abreviarlo. Fué él, desde ese momento, quien quiso recordar... pero, deprimida, lo más deprimida posible! Y, surgió ante su mente la odiosa figura de aquel literato cubano, convertido en sombra de su mujer. ¿Afectado el desdén de ésta... al principio... por el joven escritor?... Luego, lo terrible: sus celos, las escenas violentas... la pérdida de toda noción de mesura, y, con ésta, la rebeldía de la acusada.—¡Lo reconocía!—Sí en la

tranquilidad de los primeros tiempos, su mujer era el sumo del porte altivo y digno, allá, al querer defenderse, ante las camitas de sus hijos, era ese porte, algo digno de una María Estuardo, en la tremenda entrevista con Isabel, la usurpadora de su trono.—Por esos niños... y—sábelo ya, había dicho—por el que llevo en mis entrañas, te juro que soy digna del apellido que me has dado!

¡La tremenda revelación! ¿Sería suyo ese nuevo ser?... Los celos, más formidables que nunca, habían estallado en una crisis suprema: la última; aquella cuya resolución fué, la separación, disimulada con un viaje a Europa, ¿de la infiel?... ¡Quince años, cerca, que nada sabía de «Ella»!—¿A qué, «La Dama del tul», retrotrajo su recuerdo? ¿a qué la encontrada por Angel y Manuel retrotraía ahora a su memoria el de la deplorable historia? ¡Imposible que fuese «Ella»! ¿Cómo podía, allá, en su rincón de Suiza, haber averiguado el retiro, por él buscado, en la inmensa metrópoli, a donde el mundo vuelca, cuanto fracaso existe? Y, de ser, en realidad «Ella», ¿a qué había venido?—A esta pregunta, contestó el Sabio: ¡quién vuelve, es la Madre!

Clareaba ya, cuando el médico rendido, fué a recostarse en la «chaise-longe» de su despacho.

IV.

Ocho días de constante llovizna habían tenido reclusos en «Villa Trinidad» a los veraneantes, impidiendo a don Pablo, el médico único, en cinco leguas a la redonda, ir, como los domingos anteriores, a almorzar con el doctor Carbó. A éste debía su modestísima situación. Llegado de España dos años antes. Sin otro caudal que su título de Licenciado en Medicina, expedido por una universidad de segunda orden, el eminente director de la Clínica le tomó a su servicio, mientras preparaba el examen de Reválida. Un año de convivencia creó sincera amistad entre los dos. Dado el examen, con un resultado mediocre, el doctor Carbó, comprendiendo que en Buenos Aires poco o nada haría, había buscado el puesto que desempeñaba con celo y abnegación ejemplar. Don Pablo—así seguía llamándose, malgrado su título de doctor—tenía por su colega, protector y amigo una verdadera admiración, y por Angel y Manuel un cariño casi paternal.

—Por fin, un día hermoso, exclamó el doctor Carbó, cuando se le acercaron sus hijos, listos para reanudar sus paseos matinales... Decidme, ¿os animais a ir hasta la ciu-

dad, para traeros a almorzar al bueno de don Pablo?... Como queráis... a caballo, o en el auto!

— A caballo, papá, contestó Manuel, el más resuelto de los dos hermanos. Don Pablo vendrá en el suyo...

— En cuyo caso, habrá que recomendar a Roberto, que prepare la mesa una hora más tarde... El caballo de don Pablo es un gran... matungo remolón.

— Entonces iremos en auto, intervino Angel... Es lo más breve y rápido.

El doctor Carbó lo tenía decidido ya. Sería don Pablo quien le informaría de quiénes eran las dos damas, que ocupaban el castillejo, al otro lado del contrafrente. Primero había pensado en el viejo Roberto, el fidelísimo criado, traído por él de Cuba. Pero, conocía y quería tanto a... «Ella». No: sería capaz de una torpeza, si ella era en realidad «Ella».

* *

Hacia media hora que los jóvenes se habían marchado, cuando el médico, sumido en la lectura de los diarios, llegados de Buenos Aires, hubo de interrumpirla, al oír que desembocaba por el sendero casi intransitable, que daba al costado E. de la Villa, un ginete. ¡Don Pablo!... Y, ¡en qué estado!.. sin sombrero, desgredado el cabello, mortalmente pálido, y sudando, magüer la brisa fresca de la mañana...

— ¡Bien venido, caro colega!... ¿Qué le pasa? Hace un rato los chicos han ido a buscar a usted en auto... para traerlo a almorzar con nosotros...

— ¡Qué almuerzo, ni almuerzo!... Se me muere!... se me muere!... y no sé de qué.

Iba a preguntar el doctor Carbó quién era el enfermo, los síntomas... pero, don Pablo, no le dejó:

— ¡Por Dios, maestro, sólo usted puede salvarla... Volémos!

Ese femeninó de «salvarla» le puso en guardia. A punto de excusarse, surgió en su alma, con el mismo vigor que la noche aquella de los celos, la conciencia del médico.

— Un minuto don Pablo... lo necesario para que Roberto aliste la «voiturette» y yo me vista...

* *

Instantes más tarde, el diminuto vehículo, con los dos médicos, estaba ante el temido castillejo. En el camino,

don Pablo le había contado el caso: dos señoras, madre e hija... llegadas una semana antes que ellos, se habían alojado en la finca, llevando desde entonces la vida de campo... Su diversión favorita era, pasear a caballo. Nadie sabía el apellido... y si solo el nombre propio, por haberlo oído a dos doncellas alemanas, o suizas que habían traído de Buenos Aires. La madre se llamaba Adela y la hija Carmen.

De ser don Pablo algo más observador, hubiese notado el efecto que el nombre de Adela había producido en su colega.

El primer día de lluvia, les tomó, a dos leguas del castillejo... al que llegaron hechas una sopa... Horas más tarde fui llamado: la señorita Carmen estaba indispuesta. La reconocí: ronquera, pulso frecuente, 39 grados de temperatura... Hace cuatro días con sus noches que vengo luchando... inútilmente... usted verá el recetario. Esta mañana la encontré en estado casi agónico... ¡qué desgracia, Dios mío!... Por suerte, está usted aquí...

El doctor Carbó tuvo tiempo de reponerse de la formidante impresión y de prepararse para la difícil visita... El hombre había desaparecido, quedaba solo el médico, que consciente de su deber, desde cincuenta metros antes de llegar a la casa de la enferma, hizo sonar la bocina del cochecito. Las grandes puertas de enrejado, que daban acceso al enorme jardín estaban abiertas de par en par: la «voiturette» hábilmente manejada, describió una elegante curva enfilando por el camino enarenado, y stopando frente la gran escalinata. En el segundo escalón, «Ella», ¡Adela! Cruzóse la mirada suya con la del sabio clínico: ambos estuvieron a la altura del escabroso momento. El, sin aguardar la presentación de estilo por su colega, se inclinó levemente ante la dama.

—Entiendo que se trata de un caso urgente. Vamos a ver a la enferma...

Sin detenerse a mirar ni un detalle de la instalación, cruzó, siguiendo a la madre salas, pasillos y salones, hasta la alcoba de la joven.

—¡Luz! ordenó el maestro.

Adela por un lado y don Pablo por otro, corrieron las cortinas, permitiendo la inundación de sol en el recinto.

Acercóse al lecho. Iba don Pablo a explicar, pero el doctor le dijo, rápido y seco.

—¡Déjeme!

Dos minutos de examen le bastaron para medir la horrible realidad. Y, dirigiéndose a la madre:

—Señora, necesito consultar a solas con mi distinguido colega... Un gabinet.

— Por acá, doctor; el tocador de mi hija.

Dentro de éste y cerrada la puerta, exclamó:

— Pero, don Pablo: estamos ante un caso gravísimo de difteria... ¿Hay suero en la casa?

— ¿Difteria?... maestro.

— ¡Suero, Suero!... Volando, tome usted mi «voiturette».

Y empujando al pobre y aterrado galeno, insistió: no hay que perder un minuto. En caso necesario, procederé a la traqueotomía.

*
* *

A la derecha del lecho, el sabio; a la izquierda la madre...

— ¿De qué se trata... doctor?

Este se puso el índice derecho sobre los labios sin apartar la atónita mirada del rostro de la enferma. ¡Su propio, su vivo retrato!... ¿Qué tragedia horrible iba a tener solución allí? ¿En qué pavoroso error había vivido él?

Tras un breve reposo, volvió la paciente a agitarse en tremendas convulsiones de asfixia, llegando casi a la absoluta, en un acceso de tos. La madre quiso abrazarla en el paroxismo de su dolor, creyéndola al margen de la muerte...

— ¡Quieta... mi pobre Adela! exclamó el padre... ¡te juro salvar a «nuestra» hija!... si alcanzamos a que don Pablo vuelva a tiempo con el suero. Y, sinó ensayaré el remedio heróico...

Ella, llena de fe en la ciencia de su marido, le dijo..., tendiéndole ambas manos sobre el pobre cuerpo sobre el lecho abatido, manos que él inundó de lágrimas y besos...

— Sí sálvala... es tuya!

Un nuevo acceso de tos... más violento. El médico recuperó los fueros sobre el padre. Frío, severo, como cuando impartía órdenes en su clínica, mandó:

— Pónle una almohada tras los hombros... mientras yo preparo lo necesario...

Ella, sin preguntar qué era «lo necesario» obedeció. Carbó abrió su maletín: un instante después sobre la mesa lucían su blanca armiña, instrumentos, algodones, y al lado, el termocauterio... Grande aquel hombre al que la enorme fuerza del triple deber; de reparación a la madre cruelmente ultrajada por él, de padre que disputa a la muerte a una hija, y de médico que quizá puede vencer, y que «debe» vencer a la Muerte, dejaban pleno dominio de los nervios y perfecta lucidez de inteligencia.

Mientras encendía el termocauterio dijo a Adela:

—Voy a operar... llama a tus doncellas y tú. retírate.
—¿Lo exiges?
—En homenaje a tí... eres madre...
—Y tú, eres su padre...: debo estar a tu lado en el terrible momento... por tí y por élla.

—Quédate... ¡pobre mártir de mi obsesión pasada!

Un segundo de vacilación en él. ¡Tener que hundir al bisturí ardiente en el cuello de «su» Carmencita!... Pero fué aquello sólo un segundo: se dirigió hacia el precioso cuello con el instrumento al rojo fuego... Sereno, casi de hierro, en su supina serenidad de sabio, e iba ya a hendir la nivea carne, cuando bajo el mirador que daba al jardín sonó la bocina de la «voiturette».

—¡Don Pablo!... ¡el suero!... ¡salvada!

Y en su enorme alegría se abalanzó a Adela, estrechándola contra su pecho entre sollozos de inmensa alegría...

—¡Perdón!

E iba a repetir la generosa plegaria, cuando ella le selló los labios con un beso, largo, muy largo..., que aún duraba, cuando don Pablo se precipitó como una avalancha en la alcoba, quedándose boquiabierto ante el inesperado cuadro...

—Luego sabrá usted... ahora, venga eso. Y le arrebató la caja de las manos. Medio minuto... y al lado del instrumental anterior, extrajeron la cánula, las pinzas, tres tubos de suero y la jeringuilla.

—Ahora usted don Pablo: téngale alto la cabeza y separadas las mandíbulas. El, tomando con la pinza una de las cánulas, introdujo la espátula de platino en la laringe; guiándose por ella, la cánula... y con facilidad, con maravillosa sencillez dejó en la laringe el tubo.

Los tres miraron a la enferma; ¡Respiraba! ¡Al fin!

Un grito de triunfo resonó por toda la casa: ¡Salvada!

Eran el padre y el sabio que en un solo sér, estallaban de contento.

—Ahora... encienda el alcohol don Pablo, y cargue la jeringuilla.

En lo alto del antebrazo hundió la finísima aguja tres veces: los tres tubitos de suero fueron inyectados.

*
* * *

Media hora más, Carmencita abría los ojos... En semi-obscuridad el recinto, caídas de nuevo las cortinas, la interesante enfermita acertó a ver a su madre, sin percibir a los

dos médicos que, cerca de la puerta conversaban en voz baja.

— Mamá...

— Calladita, hija mía. Estás mucho mejor. Pero es necesario que te estés muy quieta y que trates de dormir. Dios, hijita del alma, ha velado por nosotros... Uno, dos o tres días más, y podrás, cuando menos sentarte en la cama...

Carmencita había vuelto a cerrar los ojos.

— Es el sueño normal, dijo el doctor Carbó.

— Señora, el maestro acaba de hacerme una historia sumamente agradable: permítame que la felicite con toda mi alma.

— Gracias, gracias, don Pablo... y ahora vaya usted a descansar... Imagínate, agregó, dirigiéndose a su marido, que lleva cuatro días y cuatro noches que no se separa del lado de Carmencita...

— Sí, descanse usted hoy, querido colega... Pero, no falte a su visita de mañana y de todos los días, hasta la curación de la señorita.

Comprendió don Pablo toda la delicadeza de esa indicación.

— ¡Qué más, ni qué mejor médico que usted, mi eminente maestro!

— El de cabecera es usted... Además, la ley me prohíbe salvo en casos extremos, asistir a los consanguíneos de primer grado. Agregue usted que, desde este momento es usted amigo nuestro, de todo corazón...

El pobre hombre sintió un nudo en la garganta: solo acertó a besar la mano que le tendía. Adela, y a estrechar la del doctor Carbó.

— Y, ya que va usted al pueblo, sírvase expedir un telegrama al subdirector de mi Clínica, ordenando, en nombre mío, el envío en el primer expreso, de las dos mejores enfermeras de la casa: Victoria Springer y Leticia Rosalbo.

Anotó los nombres.

— Pase antes por Villa Trinidad, e informe a Angel y Manuel de dónde me encuentro, y que deseo que vengan en el auto, enseguida...; sin entrar en explicaciones. usted use la «voiturette»..., como si fuese suya.

*
* *

La dichosa pareja lo acompañó hasta el estribo del vehículo.

— Buena marcha... y hasta mañana, don Pablo!

— Un alma de Dios, dijo el doctor: si su inteligencia fuese tan grande como lo es su corazón, sería yo quien tendría que llamarle maestro, como él me llama a mí.

Volviéron al lado de su hija, que seguía en el más profundo y reparador de los sueños,

—Adela, tú estarás rendida... Dejemos para más tarde el ocuparnos del porvenir...

—Antes que del porvenir,... del pasado, repuso ella: es necesario que sepas..., enseñuida...

Carbó la tomó de una mano, y tendiendo la otra sobre la cabeza de la enferma, tuvo la gran frase de reparación...

—Del pasado... solo sé que el tuyo, pobre y querida mártir mía, es digno de este angel, que acaba de resucitar...

—Gracias... gracias querido. Ahora solo deseo una cosa: que vengan pronto Angel y Manuel... ¡qué hermosos están!

—Sí, sé que te vieron... y te encontraron igual al retrato al óleo, que de tí, preside mi despacho... Pero, aprovecha un rato para descansar... mientras yo velo al lado de Carmencita... Hasta en el nombre que le pusiste, has sido buena: el de mi madre!

*
* *

—¡Fraulein!

Una de las doncellas se presentó al tocador de Adela.

—Que pongan tres cubiertos más, para la cena de esta noche.

Y tomando el tono imperativo que tan bien cuadraba a su porte de majestad soberana, agregó:

—El señor... ha llegado. Desde ahora es él quien manda aquí. Dentro de un rato llegarán los señoritos; los hermanos mayores de la señorita...

La «fraulin» se inclinó respetuosa.

—¿Ordena algo más la señora?

—El baño... y mi traje de comedor!

V

La reconstrucción de aquel hogar, tras cerca de cuatro lustros de intensos dolores, funestas equivocaciones y hondos anhelos, fué obra fácil. Adela había explicado a su marido, cómo, desde Berna, donde Carmencita había nacido y donde se educó, seguía, con orgullo inmenso, la historia de sus triunfos y trabajos en Buenos Aires, leída en las revistas científicas de allá. En una, había aparecido el retrato suyo, con motivo de la visita hecha a la Clínica, en un largo viaje de estudio hecho por el eminente biólogo helvético, doctor Max Schwarz.

—Fuí a visitarlo, había dicho ella: me habló de tí, con tan fervorosa admiración que no vacilé en abrirle mi alma. Sus sesenta años eran garantía de una experiencia, que me ha resultado utilísima. Me aconsejó que concluyese la educación de la niña en Berna, y llegó a tanto su deferencia, que nos acompañó por Francia en los más horribles días de la guerra, hasta la frontera española. Allí, Carmencita, por quien el noble anciano tiene verdadero delirio, le exigió que siguiese, hasta dejarnos a bordo, en Barcelona.

Así lo hizo... Sigue esa chiquilla una correspondencia sostenida con él, al que llama «abuelito», título que le cuadra a maravilla.

—¡Excelente amigo! Recuerdo su visita al Sanatorio, y una magistral conferencia que dió sobre la Psicología Experimental, que incluye, y con sobrada razón, en la lista de las ciencias médicas... Va a ser un inmejorable guía, en aquella Universidad, para Manuel y Angel...

—¡Quién iba a decirnos—intervino la joven—que mis hermanos iban a cursar los estudios de su carrera, en la misma ciudad en que yo he vivido... pensando tanto en tí, papá querido y en ellos... Erais el tema obligado de nuestras conversaciones... ¡Qué feliz seré si algún día, vuelvo a ver a mi hermosa y tranquila Berna!

El doctor Carbó, mirando fijo a los ojos de su hija, preguntó:

—¿De veras? ¿tanto lo deseas?

—Mucho... mucho... papá.

—Pues bien: ¿qué te parece, Adela... si acompañásemos a los chicos... entregándolos personalmente al doctor Schwarz?

—¡Dí que sí, mamita!... exclamó la joven prendiéndose del cuello de su madre... ¡y cuanto antes mejor!

Adela miró a su marido, diciendo con los ojos:

—¡Complácela!

—¡Cosa resuelta!... En un mes más estarás del todo repuesta, nena. Entre tanto, yo iré a Buenos Aires, para dar mis instrucciones al doctor Blick...; él quedará al frente de la Clínica. Me ocuparé de los pasaportes y de los salvoconductos necesarios, para llegar a Berna, sin tropiezos...

*
* *

Tres meses más tarde zarpaba del puerto de Buenos Aires el lujoso paquete «San Quintín», que inauguraba su carrera del Plata a Cádiz. A su bordo iba la familia del doctor Carbó...

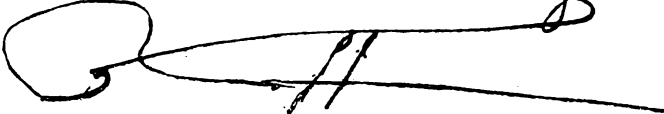
—Vamos con nuestros tres hijos—dijo Adela a su marido—y, sin embargo, no sé porqué, pero se me figura que hacemos nuestro verdadero viaje de bodas!

—Existen, querida mía, ciertos impulsos repentinos del alma, a los que el vulgo llama presentimientos. Al cerrar mi curso del año, iba, como de costumbre, a citar para el siguiente a mis alumnos, anunciándoles el tema de las lecciones. En ese momento, un algo, superior a mi voluntad, me hizo mirar al sitio que tu ocupabas... y, ¡te lo juro! malgrado el tul, te vi la cara tal como te la veo ahora!... Y no me cupo duda: por un camino u otro, tu reconquista fué en mí una convicción...

—Dejemos el pasado... y miremos al porvenir; nuestros hijos nos darán, de sobras, compensación total, a cuanto hemos sufrido.

Montevideo, marzo de 1918.

Leonor del R. de Urlandiz



Cachets "FUCUS"

Quitan el dolor de cabeza,
libran de los resfrios,
y dominan la influenza.

La cajita de un cachet 0.25

Cúrele el resfriado a su hijo, dándole a tomar el Jarabe de Higos "California"

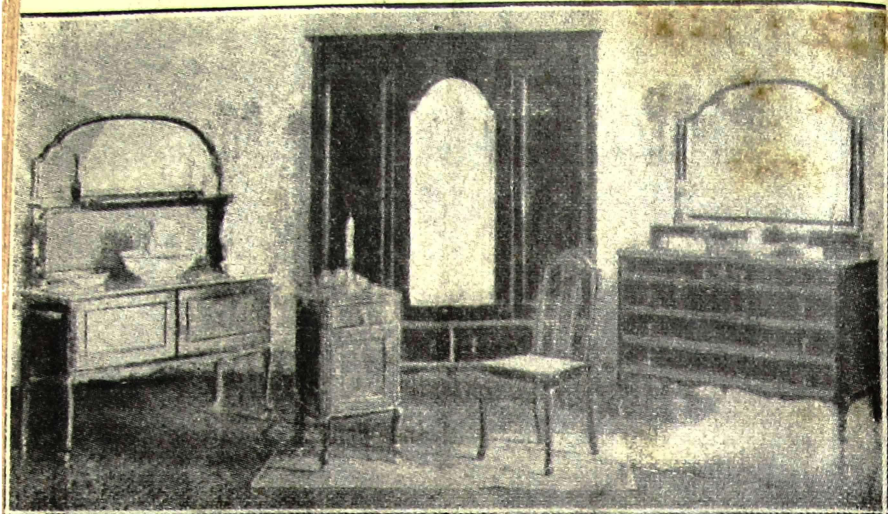
Limpia el hígado y los intestinos delicados, y el
niño se cura instantáneamente.

Cuando su hijo tenga un fuerte resfriado, no aguarde más tiempo; dele a su pequeño estómago, hígado e intestinos, un laxante suave, pero eficaz. Si el niño está intranquilo, malhumorado, indiferente, pálido, no come, no duerme ni se porta bien; si tiene el aliento fétido y el estómago ácido, dele una cucharadita del Jarabe de Higos de «California», y en pocas horas desaparecerá de sus intestinos ese estreñimiento venenoso, bilis ácidas y comida no digerida, y el niño volverá a estar sano y contento.

Si su hijo tose, y se ha resfriado, está febril o tiene mal de garganta, dele una buena dosis del Jarabe de Higos de «California», para limpiar los intestinos; no importa que se le esté dando otro tratamiento.

No hay que instar al niño enfermo para que tome este «laxante de fruta» inofensivo. Millones de madres lo tienen siempre a la mano, porque conocen su acción en el estómago, hígado y los intestinos y saben que es rápido y eficaz. También saben las madres que un poco de este jarabe que se le dé hoy, salvará al niño enfermo mañana.

Pídale al boticario una botella del Jarabe de Higos de «California», que contiene las direcciones completas impresas en cada botella, para niños de todas las edades y para adultos. Cuidese bien de otros jarabes falsificados de higos. Compre el genuino, fabricado por «California Fig Syrup Company».



NUEVOS MODELOS PARA LA NUEVA ESTACION

NADA más lógico que, al pensar en amueblar de nuevo o en renovar lo existente, se piense también en elegir algo que, por su forma, su calidad o su aspecto, se distinga de lo ya conocido.

No puede ofrecerse mejor posibilidad de realizar una acertada elección, que efectuarla entre el magnífico surtido que acabamos de preparar.

MUEBLES PARA CUALQUIER HABITACIÓN
A PRECIOS EQUITATIVOS.

HEMOS PREPARADO un nuevo Catálogo, donde figuran los modelos más salientes para aquellos que no pueden visitarnos.

833, Florida

Buenos Aires

Thompson
Muebles Ltda.